

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

AVISO.

Hallándonos a fin de este año, rogamos a los suscritores que se encuentren atrasados en sus pagos se pongan al corriente en ellos, pues nos es absolutamente indispensable regularizar la marcha de esta administración.

SECCION RECREATIVA.

EL TERNO SECO.

(Conclusion).

Cuando Martin volvió en sí se halló en un mundo para él desconocido. Era otro hombre. Se había transformado. Se hallaba en un palacio, pero ¡qué palacio!

Las puertas eran de caoba; lacayos vestidos con largos levitones azules y chalecos encarnados se ocupaban en pulir con pieles de gamuza los dorados aldabones de una rica y elegantísima cancela; la cochera atestada de flamantes carruajes olía á charol por todas partes; los caballos piafaban en la cuadra; las fuentes murmuraban en el patio; hasta los gansos graznaban en el jardín para hacer coro á las armonías de aquel paraíso. Más arriba, subiendo una espaciosa escalera de marmol alfombrada de moqueta, se descubria un magnífico vestíbulo; luego habitaciones á media luz, perfumadas, y adornadas con tiestos de flores rarísimas, colgadas de tapices, sembradas de objetos curiosos y extraños; aquello era delicioso, parecia un cuento de las mil y una noches.

Martin dió un suspiro de satisfaccion, y pensó en su familia; mas no bien pensó en ella cuando fué conducido á un salon espléndidamente iluminado donde una brillante orquesta ejecutaba lindísimas piezas de baile, á cuyo compas bailaba todo bicho viviente; sus hijos, sus hijas, sus amigos, sus parientes; hasta el tío Pamplinas vestido de frac y corbata blanca daba saltos y piruetas.

La única persona que no bailaba era su mujer. Maruja no estaba allí.

La entrada de Tontaina en el salon fué celebrada con aclamaciones de júbilo, música y aplausos. En seguida pasaron al *bufet* á tomar té, café, pastas, dulces, y chuletas; despues todo el mundo volvió al salon y siguió el baile, y,

suspendido de nuevo el baile, volvieron todos otra vez al *bufet*.

Martin estaba encantado.

—¿Pero es verdad que estoy en mi casa?—preguntó á Terno Seco que se hallaba á su lado convertido otra vez en caballero.

—Indudablemente; como que eres ya uno de los millonarios más poderosos de la tierra.

Tontaina quiso convencerse por sus ojos. En el acto se le presentaron un batallon de administradores, procuradores, notarios, cajeros y dependientes que le hablaban de sus posesiones, de sus rentas y de sus negocios.

Luego fueron llegando amigos suyos. Martin resultó amigo de todos los personajes que figuraban en la alta banca, en la alta política; de todos los hombres que por su influencia y poder tenían en la mano la suerte de las naciones: todos le agasajaban, le sonreian y le daban golpecitos en la espalda.

Martin creyó que soñaba.

—¿Pero es posible,—exclamó de nuevo,—que yo haya llegado hasta aquí?

—¡Infeliz! ¿no sabías lo que alcanzaba el poder de un Terno despues de ahogado el gusano de las preocupaciones?

—Efectivamente, todo me va á pedir de boca, pero...

—¿Qué?

—Me falta una cosa, mi mujer; quisiera verla.

—No puede ser,—dijo el diablo poniéndose serio,—Maruja no puede llegar hasta aquí.

—¿Por qué?

—Porque se lo veda su corazón. Pertenece á la familia de los fanáticos que llevan siempre el rosario en la mano.

—Sin embargo, es la madre de mis hijos, y debo buscarla.

—Te expones á perderlo todo.

—No importa: quiero su amor.

Terno Seco reflexionó un momento, y viendo que á Martin se le despertaban ciertos afectos, temió una escapatoria.—Bien,—dijo dejando brillar en sus ojos un destello de malicia,—iremos á buscarla; pero antes de emprender el viaje te pondrás mi capa para defenderte de la intemperie.

Y quitándose su capa se la echó encima.

Al recibir Martin aquella capa en los hombros notó una cosa muy rara; en vez de calentar enfriaba horriblemente.

—En marcha,—dijo Martin asiéndose á su mal espíritu.

—Vamos,—dijo este;—pero lleva cuidado y embózate bien, pues hemos de atravesar regiones calidísimas.

Martin y Terno empezaron á andar, ó mejor dicho á volar por los aires.

—¿Qué camino es este?

—El camino de la vida; el que desde las cumbres de la gloria humana conduce á las misteriosas cavernas de la penitencia y la abnegacion: allí está tu mujer.

—Preciso es sacarla de tal lugar.

—Será difícil.

Martin y Terno seguian volando.

Poco despues empezó Martin á experimentar una sensacion extraña. Parecióle que su corazón ardia y que la atmósfera se ponía candente. Al mismo tiempo comenzó á ver pasar á su alrededor fantasmas que le asustaron.

—Embózate,—le dijo Terno,—que aquí entra el peligro.

Tontaina se embozó hasta los ojos, y ambos siguieron volando.

Apenas habian transcurrido algunas horas cuando el calor arreció de tal modo que el diablo tuvo que aproximarse á Martin para evitar una desgracia.

—Cójete á mí,—le dijo,—esta será la mejor manera de que no te quemes ó te vuelvas loco; porque estas llamas tienen la virtud de enloquecer. Mira, mira aquel loco como arde.

En efecto, á la orilla del camino se veia un penitente que con la cabeza descubierta, los pies descalzos y respirando fuego por todas partes caminaba por encima de espinas y guijarras, sin notar que de sus pies brotaba sangre. Luego empezaron á ver otros muchos que iban en la misma direccion: hermatas de caridad, misioneros de varias naciones, religiosas y sacerdotes de muchos institutos; unos conduciendo niños, otros amparando huérfanos, otros sosteniendo ancianos ó auxiliando moribundos. Todos ardian, y ninguno sentia el trabajo. Tambien se veian obreros, soldados y gentes de otras muchas clases que llevaban sobre sus hom-

bros pesadísimas cargas, y aun así subían penosas cuestas con la sonrisa en los labios: el fuego les daba fuerza.

—Están locos,—decía el diablo;—con esos no hay quien pueda ya. Respiraron las llamas del fanatismo y han perdido la razón: se maltratan sin piedad. El que menos lleva la espalda llena de cardenales.

Martin que no estaba por tanto honor se embozó más, y siguió volando.

A poco empezaron á oirse voces que cantaban á coro.

—¿Qué cantan?—preguntó Martin.

—Las bienaventuranzas,—contestó el diablo.

—Con su pan se las coman,—replicó Tontaina.

Efectivamente, el coro cantaba de éste modo.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

—¡Pero, hombre!—dijo Tontaina,—¡qué manía la de querer ser pobre, querer ser manso, y querer llorar!

El diablo se mordió los labios.

El coro continuó.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.

—¿Qué hambre y sed es esa?—preguntó Tontaina;—no la he sentido en mi vida.

—Ni te hace falta,—dijo el diablo;—es mala enfermedad para tener dinero.

—¿Molestará mucho?

—Pica que rabia.

Tontaina se tapó más para no contagiarse, y siguió volando. A poco las voces fueron extinguiéndose, y por último cesaron.

Entonces Tontaina y Terno que llevaban dos horas de aletear por el espacio, creyeron escuchar un suspiro debajo de sus pies. En el acto suspendieron el vuelo, y se sostuvieron en el aire cerniéndose como las aves de rapiña que descubren la presa.

—La voz de tu mujer,—dijo el diablo;—hemos llegado, descendamos.—Y diciendo y haciendo se dejaron ambos caer sobre la cima de un picacho.

Momentos despues y tras de algunas vueltas por los breñales de un escarpado monte, se hallaron á la puerta de una misteriosa gruta; entraron y encontraron á una mujer muy pálida arrodillada delante de un Crucifijo.

Era Maruja.

—¡Martin mio!—exclamó al ver á su marido arrojándosele al cuello.

—¡Marial!—exclamó Martin desembozándose impensadamente, y sintiéndose invadido de repente por una espantosa llamarada.

El diablo que al ver la cruz no habia querido pasar del portal, le dió un grito:

—¡Embózate, que te pierdes!

Martin se embozó y se serenó un poco, pero ya estaba herido: el fuego le habia llegado al corazon.

—Vengo por tí,—dijo á su mujer.

—¿Por mí?

—Sí, quiero llevarte á donde yo estoy; he llegado á la cumbre de la fortuna; soy feliz.

—¡Feliz, y en la cumbre de la fortuna!—dijo Maruja;—no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque en aquellos sitios el amor disminuye, y donde no hay amor no puede haber felicidad.

Martin quedó cortado.

—¿Tú sabes donde te hallas?—le preguntó Maria.

—No se; pero debe ser mal sitio, porque esto es un horno donde todo abrasa.

—Pues este es el centro de la verdadera felicidad, el foco del amor, el eje sobre que gira la humana vida.

—¿Cómo! ¿el centro de la vida es este infierno?—dijo Martin.

—Sí, porque es la region de la penitencia, donde se purifican las criaturas que quieren acercarse á Dios.

—¿Pero de dónde sale este fuego?

—Del purgatorio, que está ahí proximo.

—¡Del purgatorio!—exclamó Tontaina dando un salto y queriendo huir.

Maruja no le dejó; se arrojó á él y le estrechó entre sus brazos con toda la fuerza de su cariño.

—¡Horror!—gritó Martin al sentir el contacto de aquellas tenazas.—¡Déjamel ¡déjamel!

—Pero ¿á donde vas, infeliz?

—A mi casa; á mi palacio de la fortuna, de donde ojalá no hubiese salido jamás.

—¡La fortuna!..... ¡desdichado! mírala desde aquí y verás lo que es.

Martin volvió la cabeza y quedó estático. Como por encanto todo habia cambiado á sus ojos; el monte, la gente, todo habia desaparecido.

Hallábase repentinamente colocado en el centro de una gran esfera que abarcaba toda la humanidad. Era á modo de una nebulosa rodeada de zonas concéntricas sembradas de criaturas que giraban al rededor de un foco incandescente con extraordinaria rapidez. Las zonas

alejadas del foco eran más frias; las cercanas más ardientes; tras de las últimas se percibian las tinieblas exteriores; el centro era otro abismo del que salia visívima luz.

En las zonas medias, que eran tibias y formaban el mundo de los vivos, el girar de los seres era vertiginoso; asidos á sus millones, á sus empleos, á sus habilidades ó á sus picardias, daban vueltas y vueltas cantando, llorando, riendo ó luchando, sin mirar que un negro avechicho los perseguia sin cesar y los mataba á miles, lanzándolos en uno ú otro abismo.

—¿Qué es esto, Dios mio? ¿qué es esto?—exclamó Tontaina horrorizado.—¿Dónde estoy?

—En el observatorio del dolor, en el único lugar desde donde puede verse el mundo tal cual es.

—Pero ¿y esa función de pirotecnia?

—Es la circulacion de los espíritus que giran al rededor de Dios solicitados por fuerzas contrarias; la fuerza atractiva de su amor que las llama á sí y la centrífuga del pecado que las aparta de Él. Esas almas que vienen hacia el centro son las que se salvan; el amor las atrae, triunfando de su malicia; las que se desvian hacia fuera y escapan son las que se condenan; venció en ellas la fuerza del pecado, van á las tinieblas exteriores.

Efectivamente, á cada instante se veian millares de almas que como las estrellas erráticas que cruzan la atmósfera en las noches de verano, lucian un momento y se hundian para siempre en las regiones de la sombra. El avechicho no cesaba de aventar gente á derecha é izquierda.

—¡Dios mio!—dijo Martin,—esto es horrible, no conocia á fondo la vida humana, comprendo que hay que salvarse, pero calla... ¿qué veo? El avechicho viene hacia acá.

En efecto, el avechicho de la muerte dando un salto habia partido del punto de la esfera en que se hallaba y venia derecho á él como un rayo, con la guadaña en la mano.

Martin dió un grito y se avalanzó á su mujer.—¡Perdon, perdon! ¡Quiero salvarme!—Maruja mia, dime que hago.

—Desnúdate á escape y arrojate en el crisol de la penitencia.

—¿En un crisol?

—Sí.

—¿Y desnudo?

—No hay remedio.

—Me tiraré con la capa puesta.

—No es posible; al fuego, al fuego.

Martin se decidió y fué á quitarse la capa; pero en aquel momento se oyó

una estridente carcajada. Terno Seco con los ojos como ascuas se había arrojado sobre él y se lo llevaba arrastrando; Maruja tiraba del otro lado; la muerte, guadaña en alto, y á dos pasos de distancia, iba á darle el golpe. Martín vio el abismo abierto, dió un ¡ay! y cayó de espaldas.

III.

—¿Que ocurre? ¿qué pasa en la casa del tío Martín que se arremolina la gente en la puerta de ese modo?

—Se ha vuelto loco; dicen unos.

—Está borracho; dicen otros.

—Es un ataque de nervios.

Efectivamente, en el interior de la carpintería se oyen furiosos gritos: Tontaina desgredado, vocea como un energúmeno, pidiendo socorro. La familia corre, no sabe qué hacer; cuando en aquel momento, tras de otro espantoso estrépito de golpes, ayes y ladridos, sale escapado del corral de la carpintería un perro pacho, perseguido por todos los Tontainas de la casa.

—¡A él!, ¡a él!, ¡que se lo lleval!, ¡que se lo lleval!

—¿Qué se lleva?

—¡El Terno Seco!

En efecto, mientras Martín sacudía la pesadilla que acabamos de describir, causa eficiente del primer escándalo, el pacho del tío Pamplinas, que era el perro más goloso de Málaga, había olido la miel y se había comido el pagaré con su correspondiente premio gordo.

Cuando Tontaina volvió en sí, los vecinos creyeron que iba á suicidarse; pero lejos de eso, con admiración de todos, levantó los ojos al cielo y dándole gracias exclamó lleno de fortaleza: —¡Señor! ¡bendito seas!; hasta ahora no había comprendido los peligros de la codicia: ahora los comprendo y antes que exponerme á ser devorado por tan mala bestia, prefiero que otra bestia haya devorado mis ilusiones.

Y cuentan que desde aquel día, siempre que Tontaina trabajando golpeaba con el martillo, en vez de llamar á la fortuna llamaba á Dios.

A. C. y G.

SECCION INSTRUCTIVA.

Es menester gozar de la vida: conviene darse buen tiempo, porque Dios no pudo criarnos más que para hacernos felices.

Contestación. Sí; es verdad. Dios en su bondad no nos ha criado más que para hacernos felices. Pero la gran cuestión consiste en no equivocarse acerca de la felicidad.

Te afanas para ser feliz; es justo tu deseo. Mas cuidado con equivocarte en la elección de los medios. Varios son los caminos que están abiertos delante de tí; uno solo es el verdadero. ¡Desgraciado de aquel que toma el falso!...

Este error es más fácil que nunca en nuestros días; porque ja más, según pienso, la Europa se había visto tan inundada de falsas doctrinas acerca de esta materia. Hombres culpables ó extraviados esparcen por donde quiera, y por los medios que les ofrece la prensa, doctrinas que, halagando todas las pasiones aviesas, penetran con facilidad en el espíritu de las poblaciones.

Ellos quieren persuadirnos que no nos encontramos en este mundo más que para gozar; que las esperanzas de una vida futura son ensueños quiméricos; que la felicidad consiste en la prosperidad material, en el dinero y en los goces que este proporciona. Tal es la doctrina del placer.

Esta doctrina pretende en la actualidad prevalecer sobre el Cristianismo y materializar la felicidad. En el siglo pasado se llamaba filosofía; en nuestros tiempos se la conoce con el nombre de socialismo.

No te haré el poco favor de probarte que esta felicidad del goce es degradante. Esto salta á la vista. La tal felicidad acaba con todo lo que nos eleva sobre el nivel de los brutos: el bien, la virtud, la abnegación, el orden moral. El hombre no se distingue ya de su perro más que por la piel y la figura, la felicidad es la misma para el uno que para el otro; la satisfacción de todas sus inclinaciones: ¡el goce!

Mas, de lo que aun no se está bastante convencido, y sobre lo que quiero llamar tu atención, es de la imposibilidad práctica de la doctrina socialista, lo absurdo de su felicidad universal.

Quisiera hacerte palpar su oposición absoluta con la naturaleza de las cosas, con los hechos existentes que nadie puede cambiar; convencerte que es un delirio, una peligrosa y ridícula utopía, y que ninguna realidad se oculta bajo las magníficas palabras con que procura engañarse.

Si hay algun hecho incontestable, tan claro como la luz del sol, es sin contradicción la triste necesidad en que en este mundo nos encontramos de sufrir y de morir: tal es la condición de todos los hombres sobre la tierra; tal es el estado en que yo me encuentro, y en que te encuentras tú, y se encontraron nuestros padres, y se encontrarán nuestros hijos, y del que no hay esfuerzo humano que sea capaz de librar-nos.

¿Acaso, pregunto yo, no hay en este mundo, y no habrá siempre y siempre enfermedades, pesares y dolores? ¿No hay por ventura y no habrá constantemente viudas y huérfanos? ¿No habrá madres llorando inconsolables delante de la cuna vacía de su hijo?

¿No hay acaso y no habrá siempre luchas de caracteres, choques de voluntad y decepciones profundas? ¿Podrá nadie cambiar

este estado de cosas? Una nueva organización de la sociedad, «cualquiera que e la sea,» ¿impedirá tal vez que tengamos enfermedades, sufrimientos, fluxiones de pecho, calenturas, la gota, el cólera; que perdamos á las personas queridas? ¿Impedirá las intemperies de las estaciones, el rigor del frío en el invierno, y el vivo ardor del sol en el verano? ¿Impedirá que el hombre tenga vicios; que tenga orgullo, egoísmo, violencia de carácter, odio? ¿Impedirá sobre todo el morir?

Todo esto ¿es ó no es? ¿Y no es acaso tan cierto que todo esto es, como es cierto que será siempre? Sería preciso haber perdido la razón para negarlo.

¿Y á qué vienen á parar, dime, en presencia de este hecho, á qué vienen á parar en medio de tantos males inevitables *este goce constante, esta felicidad terrena, perfecta, que nos promete el socialismo?* El solo peligro de una enfermedad, de un pesar y de la muerte basta para acabar con ella... ¡Y cuidado que estos terribles enemigos están siempre como llamando á nuestra puerta!

Tu comunismo, pues, tu socialismo, llámalo como quieras, es un delirio, una vana utopía contraria á la naturaleza de las cosas.

El comunismo se engaña, pues, ó me engaña cuando me promete el reposo de la felicidad sobre la tierra, donde no puede tener cabida, y cuando la hace consistir en un estado de placeres absolutamente imposibles.

Es menester, pues, que yo la busque en otra parte, puesto que en alguna parte ha de existir; lo sé: la sabiduría, la bondad y el poder de Dios me lo aseguran...

¿En dónde, pues?... Allí donde me la muestra el Cristianismo: en germen sobre la tierra, y en su perfección en el cielo.

El Cristianismo, sí; el Cristianismo se halla en perfecta armonía con el grande hecho de nuestra condición mortal. El nos explica el formidable problema del sufrimiento y de la felicidad.

Él toma el hombre todo entero y tal cual es; él tiene en cuenta hechos esenciales, que desconoce el socialismo (la degradación original, el fallo divino condenando al hombre á la penitencia, la redención de Jesucristo, la necesidad de imitar al Salvador para participar de su redención, la vida eterna que nos espera, etc.). El no apoya sus razonamientos en el aire y sobre suposiciones quiméricas, como hace el socialismo.

El socialismo no ve en nosotros más que la corteza, y olvida lo intrínseco, *el alma*. El Cristianismo en manera alguna olvida la corteza, ó sea el cuerpo; pero se fija también en el alma, y encuentra que esta merece notable preferencia sobre aquel. Todo lo considera con relación al alma, á la eternidad, á Dios.

Por medio de una acción tan suave como poderosa purifica poco á poco al alma de su orgullo, de sus codicias, de sus concupis-

cencias, de sus excesos, de su egoísmo; en una palabra, de todos sus vicios; y de este modo penetra hasta las más hondas raíces de la mayor parte de los males que experimentamos á cada instante. En efecto; casi siempre nuestras desgracias son el fruto de nuestras pasiones, y á estas el Cristianismo las apacigua, las contiene, las domina.

Él da á nuestro corazón aquella alegría, aquella paz tan dulce que es fruto de la pureza de conciencia.

La fé nos muestra claramente el camino que conduce á la felicidad; la esperanza y el amor nos impulsan á correr por el mismo, y convierten en dulce y amable el yugo del deber.

Si el Cristianismo hace tanto en obsequio del alma, lo hemos dicho ya, tampoco olvida al cuerpo. Más arriba hemos visto los cuidados que le prodiga.

Él se ocupa del cuerpo, no como de lo principal y como si fuese el dueño, sino como de lo accesorio y en su calidad de compañero. Él le conserva por la sobriedad y la castidad; le santifica por el culto exterior, por la recepción de los Sacramentos, y principalmente por la unión con el sagrado cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía...

Él recoge sus últimos suspiros; él le acompaña tributándole honras hasta su última morada; y ri allí mismo le da un *á Dios eterno*... Sabe que un día ese cuerpo cristiano, purificado por el bautismo de la muerte, se levantará radiante de su polvo, resucitará en gloria, se unirá á su alma, y con ella gozará en el paraíso de inefables delicias...

¡Tal es el Cristianismo!

Él conoce, él promete, él da la felicidad.

Él da en este mundo lo que en este mundo es posible. Si no lo da todo, es porque todo ni debe, ni puede darse aquí bajo...

Él apoya sus promesas en pruebas las más irrefragables. El cristiano sabe, está seguro de que lo que no posee aún lo poseerá algún día...

Así es como todo cristiano verdadero es feliz.

No está exento de pesares, de dolores... Es imposible que no los tenga; mas su corazón está siempre satisfecho, siempre tranquilo y contento.

¿Es así como el socialismo se conduce con los pobres extraviados á quienes mece en sus quimeras? Él promete lo que ningún poder humano puede dar; promete lo imposible. No presta más pruebas que la audaz afirmación de sus corifeos; y esos ¿son personas de circunstancias tales que deban inspirar confianza?

«El mundo será feliz, dicen, cuando todo habrá cambiado.» Sí, pero ¿cuándo será que todo habrá cambiado? Si este cambio, conforme creo haber demostrado, es contrario á la naturaleza de las cosas, el mundo corre peligro de no conocer nunca la felicidad.

El socialismo hace como aquel barbero gascon, que tenía escrito en la muestra de su tienda: *Mañana se afeita aquí de valde*.

Mañana se quedaba siempre mañana; y nunca llegaba el día de hoy.

El socialismo quiere la recompensa sin el trabajo; el cristiano quiere aquella después de este.

El socialismo se produce como los malos trabajadores; el Cristianismo como los buenos. Así es como todo holgazan, todo perezoso admite de muy buena gana las doctrinas del socialismo, y rechaza instintivamente la voz de la Religión.

¡Que nuestra patria se guarde, pues, de estas promesas huecas, pero seductoras, con las que los enemigos de su reposo llenan sus diarios, sus novelas, sus folletos!... ¡Que las rechace; que haga justicia con su desprecio á unos hombres que no se avergüenzan de proponer á sus hermanos la in noble felicidad de los brutos: el goce material!

¡Levantemos nuestra frente; reanimemos nuestra fé amortiguada; volvamos á ser cristianos! Allí únicamente se encuentra el remedio para nuestros males. Apiquémonos á comprender las divinas lecciones que sobre la felicidad nos ha dejado el gran Maestro.

«Bienaventurados, dice, bienaventurados los pobres de espíritu (es decir, aquellos que tienen el ánimo desasido de los bienes frágiles de la tierra), porque de ellos es el reino de los cielos.

«Bienaventurados los dulces y pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

«Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán á Dios.»

Instruyámonos; penetremos de esa religión católica que ha creado las naciones modernas; penetremos de ella en nuestro espíritu, en nuestro corazón, en nuestros hábitos, en nuestras instituciones, en nuestras leyes... Tendremos entonces la felicidad posible en este mundo y la felicidad perfecta en el otro. Aquel que quiere más es un insensato, que no alcanzará ni lo uno ni lo otro.

M. Segur.

VARIEDADES

MEDITACION

I.

Y ¿qué es la verdad? dijo un romano,
Genio conservador, padre fecundo;
¿Dónde está la verdad? repite el mundo
Que trisca y se divierte á lo pagano.
¿Todo es mentira? ¿Acaso el sér humano
Ha de vivir unido á error inmundo?
¿Estará de la ciencia en lo profundo
De la verdad el misterioso arcano?
Fatal contradicción hallo en la ciencia
Que desengaños por doquier me ofrece;
Contradicción me dá la inteligencia;

El alma á todas horas la padece;
Y al descubrir del nombre la conciencia
Con lúgubres colores aparece.

II.

No quiero ciencia vana tu mentira,
Ni de Pilato seguiré el modelo;
Deten inteligencia el ráudo vuelo;
Dejemos ese mundo que delira.
Levanta, corazón, levanta y mira
Donde está la verdad en este suelo;
Mira á tu Dios privado de consuelo
Que por tu amor en una cruz espira.
¡Oh, mi Jesús! en desnudez nacido
Y muerto flagelado en un madero;
Déjame que á tu cruz viva abrazado
Y que repita de tu cruz asido:
Ya nada sino á Cristo saber quiero
Y lo quiero saber crucificado.

Amancio Meseguer y Lopez.

MÁXIMAS RELIGIOSAS.

Si por Dios son tus desvelos,
Abiertos tendrás los cielos.

Dios debe ser adorado,
Pues que todo lo ha criado.

Dios concede beneficios,
Al que aborrece los vicios.

Jamás turba la inquietud,
Al que sigue la virtud.

Si en pecado mortal mueres,
Perdon de tu Dios no esperes.

La impiedad lleva al abismo,
Y también el fanatismo.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periodicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una accion.	4 ptas. mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico, BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 6, bajo.